

## EL PERRO EGOISTA

FABULA

Un sereno puesto el sol,  
Con su chuzo y su farol,  
Á un pero flaco seguía  
De órden de la policía,  
La cual persigue á los canes,  
Y asesinos, y holgazanes,  
Y handoleros soporta...  
Pero esto á mí ¿qué me importa?  
Prosigo mi narracion. —  
El perro, sin proteccion  
Por ser pobre y forastero,  
Dijo : “Piés ¿para qué os quiero?  
Y á un patio lleno de coches,  
(Sin saludar : “ Buenas noches, ”  
Ni decir : “ Aquí me cuelo,  
Que está diluviando el cielo, ”  
Y sin pasar papeleta,  
Cuál lo exige la etiqueta,  
Ó no lo exige, que en esto  
Confieso no estar impuesto),  
Groseramente se entró...  
Lo mismo hubiera hecho yo.  
Mas un can que estaba allí,  
Le grita : “ Fuera de aquí,  
Que á casa de un Señor Conde  
Entrar no le corresponde  
Á semejante mendigo. ”  
Replicale nuestro amigo :

— 159 —

“ Por esta noche no más  
Refugio pido. ” — “ ¡Jamás! ”  
— “ Vengo perseguido. ” — “ ¡Fuera! ”  
— “ Me muero de hambre. ” — “ Pues muera.  
¿Cómo ha de estar mano á mano  
Un noble con un villano? ”  
È, injuria detras de injuria,  
Le da, rabiando de furia,  
Con la puerta en los hocicos,  
Como es costumbre de ricos.  
Fuése, pues, el perro magro,  
Y escapando por milagro  
De aquella aventura extraña  
Llegó salvo á su cabaña.  
— Si no ha sucedido tal,  
Aquí tiene su final  
Mi leyenda, y queda al cabo  
Como pavon sin su rabo,  
Porque ¿qué moralidad,  
Qué interesante verdad  
Sacaba de mi parola? —  
Pero el cuento tiene cola ;  
Pues que de allí á pocos días,  
Yendo á ciertas correrías,  
El perro noble extravióse  
Y á unos lobos encontróse  
Que los colmillos le enseñan,  
Y dél en pos se despeñan  
Y ya le dan el alcance,  
Cuando en semejante trance  
Se encuentra con la cabaña  
Del perro que la campaña  
Tuvo ántes en la ciudad.  
¡ Miren qué casualidad !  
Mas de estas casualidades  
Suelen pasar por verdades  
En comedias y novelas,

Y tú, público, las cuevas.  
Llama el noble, y pide auxilio.  
Sale de su domicilio  
El otro perro, y veloce,  
Al cortesano conoce ;  
Y con la puerta en la cara  
Le da, diciendo : “ Repara  
Que no ha de estar mano á mano  
Un noble con un villano. ”  
Los lobos llegan en esto,  
Y al can-caballero presto  
Descuartizan allí mismo. —  
Premio digno á su egoísmo.  
— ¿ Gustó el apólogo? — No.  
— Pues no tengo culpa yo,  
Que en escribirlo he gastado  
Hora y media ; y he sudado  
Buscando los consonantes,  
Que en español no hay bastantes.  
Algun finchado opulento,  
Deletreando este cuento  
(Aunque leer no es manía  
De los magnates del día),  
Fiero exclamará tal vez :  
“ ¡ Mirad qué necia insulsez !  
Mas también un infelice  
Quizá suspirando dice :  
“ Verdad habla el fabulista. ”  
Y tengo ya censor y apologista.

## LA GLORIA Y EL AMOR

Horas de angustia y martirio  
Pase el monarca menguado,  
De viles guardias cercado,  
Y de asiático esplendor.  
Yo no envidio su grandeza,  
Ni su diadema y su manto ;  
Para mí sólo hay encanto  
En la gloria y el amor.

Vuele entre deshechos cráneos,  
Sobre bridon altanero,  
El sanguinario guerrero,  
Sembrando muerte y horror.  
Odio esa gloria mentida,  
Yo quiero la dulce calma,  
Y anhelo sólo la palma  
De la gloria y el amor.

En pos de honores y mando  
El cortesano navega,  
Bajo y servil se dóblega  
Ante villano señor.

Y lo sumerge en el cieno  
Su deshonorosa locura ; —  
En nada hay honra más pura  
Que en la gloria y el amor.

Su vanidad funda el necio  
En alta ascendencia noble,  
Y tiene mente de roble,

Y de roble, CORAZON.  
Desprecie su orgullo imbécil,  
Y su gótica fiereza,  
Porque tan sólo hay nobleza  
En la gloria y el amor.

Tendido en estrecha cama  
El insensato avariento,  
Á cada soplo del viento  
Se despierta con temblor.  
Que entierre en lo más profundo  
Arcas henchidas con oro,  
Pues yo codicio el tesoro  
De la gloria y el amor.

Hubo un tiempo en que vagaba,  
Aislado y meditabundo,  
Por los desiertos del mundo  
El amante trovador ;  
Y en solitario castillo,  
Ante la atónita gente,  
El himno entonaba ardiente  
De la gloria y el amor.

Pobre cena y pobre lecho,  
En medio á la noche fria,  
Á mísero concedía  
El castellano señor.  
Y la tímida doncella  
Tierno suspiro mandaba  
Al que el romance entonaba  
De la gloria y el amor.

Hoy el mezquino poeta  
Es despreciable farsante,  
Con máscara en el semblante  
Y velo en el corazon.

Su lira fatiga al viento  
Con voz trabajada y triste,  
Y á los cantos se resiste  
De la gloria y el amor.

Febrero 19 de 1842.

## LA VISION DE MOCTEZUMA

LEYENDA

Señores D. Antonio y D. Luis Martínez de Castro.

C. de UU. Marzo 3 de 1842.

Apreciables amigos míos, en un libro manuscrito que cayó en mis manos hace poco, había, entre varias leyendas, la que á continuación copio. Una nota decía que era traducción del mejicano, y que el original estaba en verso y prosa como la versión. Yo no creo esto, y sí que es obra de dos manos, y aún de tres, pues los epígrafes, como fácilmente se ve, han sido puestos de pocos años á esta parte. Algunos amigos míos creen que la leyenda, sin epígrafe ninguno, fué escrita hace lo ménos un siglo por un hombre solo, el cual, dicen ellos, no debía de tener los sesos muy en su lugar. — Como quiera que sea, en muestra de cariño, y más bien como una anti-gualla que como obra de poesía, dignense UU, admitirla, así como el afecto de su sincero amigo.

YGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.

## LA VISION DE MOCTEZUMA

LEYENDA

Hay un imperio que gastado cae,  
Que harán polvo los cascos del bridon.  
S. BERNUDEZ DE CASTRO.

---

### PASO PRIMERO

#### EL TRIBUTO.

¡I Franchi! ¡Fuggiamo!  
MANZONI.

El sol declina á Occidente  
Entre nubes de carmin,  
Y en el lejano confin  
Alumbra pálidamente.  
La faz de la tierra viste  
Pardo ropaje de duelo:  
Triste está el desierto cielo,  
Triste el monte, el valle triste.  
Y al mejicano abatido  
Mina el alma la tristeza,  
É inclinada la cabeza  
Comprime un ronco gemido.  
Ni da á entender su dolor,  
Ni al cielo un suspiro manda,  
Que sangre su Dios demanda.  
Y sangre el emperador.

Orillas de la ciudad  
Hay una humilde cabaña :  
Fachada tosca y extraña,  
En ruinas ya por la edad.

Sentada á su puerta está  
Una mujer indigente :  
Los años rugan su frente,  
Sus ojos se apagan ya ;  
Sus miembros mal encubiertos  
Por harapos destrozados ;  
Y sus brazos descarnados,  
Desnudos, secos y yertos.

En viva meditacion  
Sumergida está su idea ;  
Y contra el pecho golpea  
Su ya tibio corazon.

Del Indio á la dura suerte  
Busca en su mente remedio ;  
Y conoce que no hay medio  
Entre el tirano y la muerte.

Moctezuma es solo dueño  
De cuanto Méjico encierra :  
Suya la vida, la tierra  
Y hasta el grano más pequeño.

La vieja en tanto sufrir  
Vencida es por el dolor ;  
Y sus labios sin color  
Profieren : “ ¡ Morir ! ¡ morir ! ”

Óyese el remo liviano  
De una canoa sonar.  
¿ Cómo poderlo dudar ?  
¡ Son esbirros del tirano !  
“ ¡ Teyolia ! ¡ Teyolia ! — llega  
De esclavos cuadrilla impía !  
Ven ! huyamos, hija mia ! ”

Dice la mujer, y ciega  
Por el temor, se levanta,  
Y va á correr — ¡ tarde es ya !  
Cerca la cuadrilla está.....  
Se hiela su tosca planta.

Su faz se cubre de luto ;  
Hablar quiere y enmudece ;  
Y sólo á señas parece  
Decir : “ ¿ Qué quereis ? ” — “ Tributo. ”  
— “ ¿ Tributo en tal indigencia ?  
Soy una infeliz mujer. ”

— “ Nada tenemos que ver. ”  
— “ ¡ Clemencia, señor, clemencia ! ”  
— “ Nelixtli, el tributo danos,  
Ó morir será tu suerte. ”  
— “ ¡ Ah, Señor ! ” — “ Tributo, ó muerte. ”  
— “ ¡ Perdon ! ” — “ ¡ El tributo ! ¡ vamos ! ”

Postrada la vieja está,  
Y se retuerce las manos,  
Y gime. ¡ Gemidos vanos !  
Pues nada conseguirá.

Oye injuria tras de injuria  
Y siente un golpe de muerte,  
Y sangre á raudales vierte,  
Y es arrastrada con furia.

Pero á sus gritos agudos  
Nadie viene á socorrerla ;  
Los hombres pasan, al verla,  
Medrosos, rápidos, mudos.

“ ¡ Teyolia ! muero á la saña  
Desta cuadrilla feroz. ”

— “ ¡ Madre ! ” responde una voz  
Del fondo de la cabaña.

PASO SEGUNDO  
EL EMPERADOR.

Esclavos, padeced  
SALV. BERMUDEZ DE CASTRO.

Teyolia aparece luego  
De la cabaña á la puerta,  
Y á la furiosa cuadrilla  
Se precipita violenta.

Ligero talle tenia,  
Cintura airosa y esbelta,  
Grandes y vivaces ojos,  
Faz entre blanca y morena.

Sobre su desnuda espalda  
Y su seno de doncella,  
Vagaba suelta y sin orden  
La su negra cabellera.

Graciosos eran sus labios,  
Su frente elevada y tersa;  
Y en su mirar humilde  
Se pintaba su modestia.

Mas en su faz se veia  
Extraña y confusa mezcla  
De lánguido encogimiento  
Y de elevada altiveza,

Que mostraban que sentia  
El peso de su miseria,  
Y el valor que da á las almas  
La virtud y la inocencia.

Su cuerpo á medias cubria  
Vestido de burda tela,  
Bordado con anchas plumas,  
Y conchas y azules piedras :

De piedras los brazaletes,  
Y de piedras las pulseras ;  
Y con el viento ondeaban  
Dos plumas en su cabeza.

Esta beldad merecia  
Vivir en rica opulencia,  
Que verla tan infelice  
Daba compasion y pena.

Mas la fortuna traidora  
Prodiga al necio riquezas,  
Y al mérito lo sepulta  
En abandono y miseria.

Atónitos los sayones  
La ven salir á la puerta,  
Y dudan si es ente humano  
Ó vision celeste y bella.

La jóven rápida corre,  
Alza del suelo á la vieja,  
Y “¡vamos de aquí!” le grita  
Con fuerte voz y resuelta.

Pero vueltos de su pasmo  
Los hombres, las atropellan,  
Y con la anciana y la jóven  
Dan furibundos en tierra.

Las infelices al viento  
Lanzan penetrantes quejas,  
Y su furia los verdugos  
Más y más en ellas ceban. —

¡Barbarie digna de brutos!  
¡De brutos maldad horrenda!  
¿Por qué los hombres á veces  
Iguales son á las bestias?

Oyese música dulce  
Y armoniosa cantilena,  
Y los remos, que las aguas

Y las canoas golpean.

Tal música y tales cantos  
Contrastan con esta escena :  
Así junto á nube oscura  
Cintila brillante estrella.

Surcan las movibles aguas  
Varias canoas ligeras,  
De flores, plumas y pieles  
Y pabellones cubiertas.

Una más grande, adornada  
Con más esmero y riqueza,  
En medio viene, cargando  
De mujeres turba inmensa.

Tocan unas, cantan otras,  
Y las más la planta bella  
Mueven en danza festiva  
Con mil mudanzas y muecas.

El corazón, al mirarlas,  
Palpita de amor, se alegra,  
Y en una mar de ilusiones  
Inquieta el alma navega.

Mas no así el hombre que, solo,  
En medio á tanta belleza,  
Recostado en almohadones  
Cavila en tristes ideas.

Indiferente parece  
Á la cortesana fiesta,  
Y sus amarillos ojos  
Pesadamente se cierran.

Su semblante palidece,  
Y luego una mano aprieta,  
Y trabajado respiro  
De su pecho sale y entra.

¿Y qué es lo que allá en su mente  
Le mortifica y aqueja?  
Ni él lo sabe. — En su alma habitan  
Tedio, cansancio, indolencia.

Es su existir como la hora  
De la tarde soñolienta  
En qué se extienden las sombras  
Por la entristecida esfera ;  
Y que en reedor pardos bultos  
Alcanza la vista apénas,  
Y visiones pavorosas  
Al corazón amedrentan.

Si muere con el hielo  
La rozagante flor,  
Jamás, hijo del cielo,  
Sombra alguna reciba  
Su brillante esplendor.

¡ VIVA !  
¡ Viva el emperador !

Tú que eres rey de reyes,  
Absorbes nuestro amor.  
En tí, que das las leyes,  
De la natura estriba  
El lozano verdor.

¡ VIVA !  
¡ Viva el emperador !

Tal es el bárbaro canto  
De adulación y bajeza  
Con que al tirano monarca  
Divierte la turba aquella.

Los sonidos armoniosos  
Á hondos gemidos se mezclan,  
Y la extraña consonancia  
Volando al monarca llega.  
— “ ¿ Quién da esos gritos ? ” pregunta.  
— “ Vienen, grán señor, de tierra. ”  
— “ Bogueen allá las canoas. ”  
Y bogan allá violentas.

Espectáculo inhumano  
Al monarca se presenta,  
Espectáculo que á un tigre,  
Á un mármol enterneciera.  
Pero no así á Moctezuma,  
El cual dice en voz bien recia :  
“ La jóven á mi palacio ;  
Dejad en paz á la vieja. ”

Sigue el séquito su curso,  
Y continúa la fiesta.  
Por los sayones infames  
Se ejecuta la sentencia.

Teyolia en una canoa  
Entristecida navega ;  
Y la anciana desdichada  
En tierra llorando queda.

Ya se mesa entre lamentos  
La nevada cabellera,  
Ya tiende á su hija los brazos  
Y da con los piés en tierra.  
“ ¡ Oh rey ! ¡ oh rey ! ” ronca exclama,  
Como loca se pasea  
Y al cabo “ ¡ Teyolia ! ” grita,  
Y al lago salta resuelta.

Flota por unos momentos  
En convulsiones horrendas,  
Se sumerge y reaparece  
Y las olas se la llevan.

PASO TERCERO  
TRANSFORMACION

En su belleza descubro  
Un esqueleto.  
CALDERON. — *El Mágico prodigioso.*

Regio salon presentase á mi vista,  
Cubierto de oro el techo y pavimento ;  
En las paredes, de bruñidas piedras,  
Plumas, y conchas, y pintados lienzos.

Un hombre allá en el fondo se divisa  
De triste faz, meditabundo aspecto,  
Reposando asentado, y la cabeza  
Casi cargada en el desnudo pecho.

Tan divagado está, tan sumergido  
En la alterada mar del pensamiento,  
Que no escucha el crugir de puerta que abren,  
Ni ve que entra Teyolia á paso lento.

Se detiene la jóven.— Su semblante,  
Por el temor, desencajado y muerto,  
Trémulo el pié, los ojos espantados,  
Las manos recogidas sobre el seno,

Desgreñada la negra cabellera,  
El labio tembloroso y entreabierto  
Dejando paso al lánguido respiro  
Que se desliza del llagado pecho.

Alza la vista el rey por aventura,  
Y la descubre, y la examina atento.  
Treme Teyolia, de rodillas cae  
En actitud de súplica y de miedo.

Y se levanta el rey, y la acaricia,  
Y, lleno de bondad, la presta aliento,  
Y algo descubre en ella que le encanta,



Y le deleita, y le arrebató al cielo.

“Cese ya tu temor. Fortuna y dicha  
Esperándote están en el imperio.”

Dice el monarca con meloso tono;

Mas la jóven no rompe su silencio.

“Perdida tú en el mar de la existencia,

Abandonada flor en el desierto,

Sólo has visto la noche de la vida :

Ya te espera la luz—yo te la ofrezco.”

“Mil bellezas envidian del monarca

Una caricia, una palabra al ménos,

Yo el corazon te doy, te doy la vida,

Yo, de los dioses desterrado nieto.”

Por un mágico impulso retrocede

Teyolia, y dice en lastimero acento :

“¡ Oh rey! rey infeliz!”—y por su rostro

Corre su llanto compasivo y tierno.

El monarca la sigue convulsivo,

Y la toma de un brazo; — y con horrendo

Alarido se aparta, que su mano

Siente el ardor de encandecido hierro.

“¿ Quién eres tú, pregunta, tú que enciendes

En mis venas de amor el vivo fuego,

Y que grato placer, y horror y angustias

Me inspiras, y terror á un mismo tiempo?”

Da un gemido la jóven.— Como sombra

Se desvanece, y se la lleva el viento.

“¡ Oh rey! ¡ rey infeliz!” su voz pronuncia;

“¡ Oh rey! ¡ rey infeliz!” repite el eco.

Vértigo horrible acomete al monarca; tiende los brazos buscando un apoyo; ciérranse sus ojos, vacila, cae, y sólo da señales de vida por el ronco estertor de su pecho y la convulsa agitacion de sus miembros.

Respira al cabo. — Siente en su corazon una mano de hielo, y en sus labios una áspera boca que in-

tenta darle calor. Alzanse lánguidamente sus párpados, y ve hincada ante él una mujer — la madre de TEYOLIA.

“¿ Te lanza la muerte por darme tormento?

Ahuyéntate, sombra, y déjame en paz.”

—“ Espera, monarca, espera un momento.”

Y horrible sonrisa contrajo su faz.

— “¿ Qué quieres?” — “ Levanta.” — “¿ Qué  
(quieres?)” — “ Escucha.”

— “¿ Prestáronte acaso los dioses poder?”

“¿ Que siente tu pecho?” — “ Ardor, pena mucha.”

(La vieja sonrie).— “¡ Maldita mujer!”

#### PASO CUARTO

#### PANORAMA.

¡ Ay del pueblo!  
PESADO.

— “ Monarca, ¿ cuál fué tu destino al venir al mundo?..... ¿ Gozar?..... ¿Cuál fué el destino de tu pueblo?..... ¿ Padecer? — Y los montes, los campos, el sol, la naturaleza toda ¿ ha sido creada para tí? ¿ nada para los demas? — Encerrado tú en tu palacio, cercado de mujeres hermosas, de esclavos, de opulencia, pensabas sólo en el placer; y en tanto el pueblo empapaba las mieses con su sudor y se arrastraba en la miseria. Tú lo oprimias, tú regabas la tierra con su sangre, tú eras sordo á su dolor, sordo á su mendicidad; y los hombres eran insectos que hollabas bajo tus piés, y tú no te curabas dello. — Un monarca es un padre de familia: si se convierte en verdugo, sus hijos le matarán, si no sus hijos, el cielo. — Tu hora llegó — aguardante ya desesperacion y muerte. Fuiste roca á los gemidos de tu pue-

blo : tus gemidos se perderán en el viento ; — fuiste insensible á su llanto : tu llanto correrá, y correrá en vano ; — encadenaste á tus súbditos : pesadas cadenas ceñirán tus piés ; — arrebataste sus hijas : verás las tuyas en extraño poder ; — humillaste á los hombres : te arrastrarás ante un aventurero ; — derramaste inocente sangre : tu sangre será hollada en tu palacio mismo, y tu cadáver rodará polvoroso por los salones que te han visto en brazos del deleite. — Hé aquí tu nuevo destino. — Tu hora llegó — aguardante ya desesperacion y muerte.

El rey queria hablar, implorar perdon, arrodillarse, mas no podia. — Su sangre estaba suspendida, su cabeza era un alterado mar.

— “Mira,” le dice la mujer.

El monarca abre los ojos, y sorprendido, ve que se halla en la pendiente de una árida montaña ; áridas montañas le cercan : ni animales ni plantas crecen en aquel ingrato suelo ; el viento gime en las grietas de las rocas ; de cuando en cuando resuena el eco de un peñon que se derrumba, cual si fuera el martillo de la muerte que marca los instantes de la existencia ; los rayos frios de un sol moribundo alumbran oblicuamente aquel lugar de maldicion. A los piés del monarca está un abismo profundo, de cuyas paredes chorrea sangre negra que forma una pesada laguna, cuyas orillas están cubiertas de huesos humanos. Sobre ellos se arrastra una águila herida y sedienta : apaga su sed en la sangre — en horribles convulsiones espira — una ola la arrebató, y la lleva rodando por la superficie del lago, y la sumerge. —

La vieja rie ; tiemba el monarca, y aparta la vista á otro lugar.

Un valle — amarillentas colinas lo cercan, oscuros lagos, tronchados árboles. — El viento gime con horrible monotonía ; los rayos del sol se pierden en un amarillo cielo ; una sola nube revolotea en el viento,

como un buitre que se arroja sobre su presa. — El pueblo corre espantado ; — los esposos abandonan á sus esposas, los adultos á sus ancianos padres, las madres á sus hijuelos. — Todo es confusion, gemidos, desesperacion.... Encima de un pelado cerro retumba el estallido de un trueno, y luégo lastima los oidos un zumbido extraño y desapacible, como el chirrido de muchas aves nocturnas.... Mujeres, ancianos y niños caen como heridos del rayo. Y luego aparecen singulares gentes sobre animales fogosos y veloces ; y estas gentes se lanzan sobre el pueblo, y el brillo de sus espadas se convierte á poco en rojo color. Y los animales pisan á los hombres aún no muertos, y á su peso las carnes y los huesos crujen deshechos con extraño rumor.... Una de aquellas gentes trae por única arma un madero — es la imágen del suplicio en que pereció un hombre que trajo al mundo la caridad y la libertad — ahora es enseña de destruccion y de matanza....

A tal espectáculo la lágrima del infeliz quemó por vez primera el semblante de Moctezuma. El rostro de la vieja misma cubrióse de tinieblas ; y á su pesar sus ojos cerráronse horrorizados.

Es la noche. — Por entre las roturas de una nube, despide la luna rayos de pálida luz — el campo está cubierto de cadáveres y huesos humanos — óyese el ruido del viento, que silba en las cavidades de los cráneos, y el aleteo de negras aves que saltan de cadáver en cadáver y tiran con sus afilados picos de las maceradas carnes. Á lo léjos sollozos y suspiros ; en los aires las siniestras risadas de los espíritus del mal. Las alas inmensas de la muerte arrojan, al agitarse, aires impuros y contagiosos. La peste se pasea regocijada, dejando caer al suelo gotas de sudor ponzoñoso. Bajo de tierra retumba un bramido, como el de muchas aguas en furor....

Por otra parte descúbrese un salon iluminado : en

él muchos hombres en espléndido banquete. El ruido de las copas se mezcla á las canciones de impureza. Un hombre de vestido talar entona un himno sagrado, y aquellos hombres sacrilegos responden en coros de impiedad. Las hijas del emperador sirven aquella cena de escándalo, y sufren sollozando los brutales insultos de los más audaces. . . . .

. . . . El monarca no soporta más—cae como peñon que se desprende de una montaña.

Se abren sus ojos, y giran...  
Está en su trono sentado,  
De muchos hombres cercado,  
Que confundidos le miran.  
Uno dellos se adelanta,  
Y se postra ante su planta,  
Y con una voz que espanta  
Temblando comienza á hablar.  
—“ En castillos colosales  
Unos séres inmortales,  
Sobre extraños animales,  
Lanzó á nuestra costa el mar...”

. . . . .  
. . . . .

## LA CAZADORA

Escucha, noble doncella,  
Al amante caballero  
Que ha desnudado el acero  
Por tu gloria y por tu honor  
Deja la caza, señora,  
Al que muerte no amedrenta  
Y en las espaldas se sienta  
De alazan batallador.

Abandoné mi castillo,  
Ansioso de prez y fama,  
Mas nunca olvidé la dama  
Que prendó mi corazón.  
En mi tienda la veía  
Y en medio al combate duro,  
Y encima del alto muro,  
Como celeste vision.

En el campo de batalla  
Me animaba su memoria ;  
Y ¡gloria! gritaba, ¡gloria!  
Y luchemos con valor!  
Y al recrujir de las armas  
Y al son del clarin guerrero  
Mi sudoroso trotero  
Relinchaba de furor.

Calando yo la visera,  
Firme en el ristre la lanza,  
En medio de la matanza

Puse al contrario terror.  
Y la muerte me veía  
Hacer de firmeza alarde,  
Que nunca treme cobarde  
El que palpita de amor.

Hoy el abollado escudo  
Reposa en el astillero ;  
En vez del canto guerrero  
Resuena el himno de paz.

El solitario ermitaño  
Sin zozobra se pasea,  
Y va á la vecina aldea  
Con regocijada faz.

Mas mi lanza no reposa,  
Ni mi guerrero deseo,  
Que en el próximo torneo  
El primero me verás.

Dí que mi amor no se engaña,  
Dí que es cierta mi ventura,  
Y reina de la hermosura  
Allí, señora, serás.

Parques hay en mi castillo,  
Pues la caza te recrea :  
Que allí tu donaire sea  
Delicia de mi pasión.

¡ Cuál mi placer, si te veo  
Ir volando en mi alazano,  
Con la rienda en una mano,  
Y en la otra mano el halcón !

Y que á tu voz hechicera  
El ave su vuelo tiende,  
Y el aire rápida hiende,  
Y va de su presa en pos.

El amante caballero  
Así á su dama decia ;  
Y la dama respondia :  
“ Me espera la caza. ¡ Adios ! ”

Marzo 5 de 1842.